

Protesta indignada

Ultimamente sucede que señoras heridas en su dignidad moral a la vieja usanza y señores honestos que ven peligrar los principios de siempre sin los que no saben comportarse, se revuelven en su comodidad pretérita y hasta participan en espacios abiertos de la radio, para desahogo fiel de sus cuitas y para crítica acerva de los programadores, que dan vida a nuevos tiempos en los medios de comunicación.

Porque ahora se pueden ver en televisión películas de una bella calidad estética y argumentos serios, aprovechan los fórum radiofónicos para gritar la indecencia que les invade. Porque se hacen programas en que la Radio 1, que antes sólo tenía cabida en la 3, con humor y sin demasiados prejuicios, participan indignados porque parece que todo se les viene abajo, por lo visto picados mortalmente sus seguros pilares por unas palabras irónicas, inteligentes.

Y esto me ha hecho pensar que también podía ser el momento de protestar indignadamente contra todo lo que hasta ahora era normal e intocable y que nosotros respetábamos y respetamos —un poco a la fuerza, eso sí—. Lo tengo meditado para que cuando otra troglodita señorona —o señorita— llame nerviosísima, atrabancada por el pecado de haberse visto un par de hermosas tetas en danza indigna o haber supuesto que alguien se reía de su religión en Días como éste, yo a continuación aproveché para explicar, con el mismo grado de bochorno, la indecencia de tanta publicidad que hiere mi sensibilidad. O, por poner otro ejemplo, señalar el atentado a mis principios que tengo que sufrir cada vez que por la pequeña pantalla ponen otra serie americana. O... en fin, señores, me indigna que ustedes piensen que sólo hay más moral o sólo unos principios justos: los suyos.

VICTOR CLAUDIN